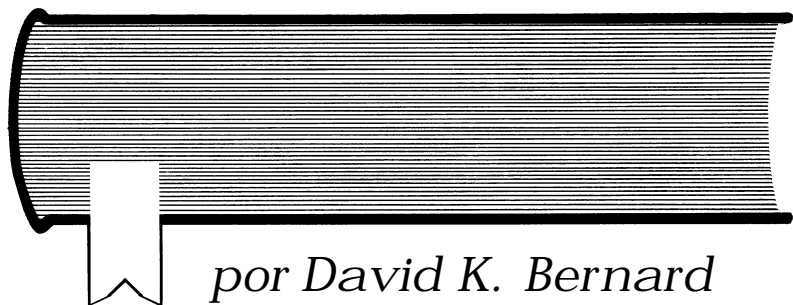


Doctrinas

Esenciales

de la

BIBLIA



por David K. Bernard

Doctrinas Esenciales de la Biblia

Por David K. Bernard

©1994, David K. Bernard

ISBN 1-56722-021-5

Diseño gráfico por Tim Agnew

Todas las Escrituras citadas en este libro son de la Versión Reina-Valera de la Biblia si no son identificadas de otra manera.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de esta publicación puede ser reproducida, guardada en un sistema electrónico, o transmitido en cualquier forma, electrónica, mecánica, por fotocopia, por grabación, o de otra manera, sin el permiso previo de David K. Bernard. Se puede citar brevemente en revistas literarias.

Impreso en los Estados Unidos de América

Impreso por



Doctrinas de la Biblia

por *David K. Bernard*

La Existencia de Dios

El primer versículo de la Biblia le presenta a Dios como el creador del universo. La Biblia no trata de comprobar que Dios existe; presume Su existencia como fundamental. La creación misma da testimonio de que hay un Creador inteligente, omnipotente, y amante (Romanos 1:20).

Solamente puede haber tres explicaciones por la existencia del universo: (1) siempre ha existido (universo eterno); (2) llegó a existir por su propio poder (universo auto-creativo), o (3) Dios lo creó. El aceptar a cualquiera de estas requiere una fe que trasciende la comprobación científica. Es más razonable creer en un Creador inteligente, eterno, y omnipotente que en la eternalidad o habilidad auto-creativa de la materia no racional.

El orden y el diseño del universo requieren la existencia de un Diseñador. La increíble complejidad de aun las más sencillas formas de vida demuestra que la vida no empezó por accidente o por ciega casualidad. La naturaleza moral del hombre revela que él es más que un animal inteligente; él fue creado a la imagen de un Ser racional, espiritual, y moral. Cada niño humano desarrolla una conciencia, y cada sociedad humana tiene un sentido de moralidad (Romanos 2:15).

¿Cómo podría la finita mente humana aun concebir de un Dios infinito, omnipresente, omnipotente, omnisciente, y perfecto si Dios no le impartiera aquel concepto? Cada sociedad en la historia ha expresado una creencia en un Ser Supremo, y estudios antropológicos modernos demuestran que la creencia religiosa más temprana y más fundamental es el monoteísmo, y no el politeísmo.

El testimonio de las Escrituras y la confirmación de la experiencia personal nos aseguran de que Dios a la verdad vive

y se comunica con la humanidad. Ultimamente, aceptamos la verdad de Su existencia por fe (Hebreos 11:6).

La Biblia

Ya que Dios existe, también la Palabra de Dios debe existir, pues ¿no se comunicaría el Creador con Su creación? Puesto que Dios nos creó como seres racionales y ya que El nos ama lo suficiente para proveer por nosotros, seguramente El desea comunicarse con nosotros y así cumplir Su propósito para la creación. Todos los seres inteligentes buscan comunicarse, y la Inteligencia Suprema no es una excepción.

Esperaríamos que Dios registraría Su mensaje en forma escrita, el medio histórico más apropiado para la precisión, la preservación, y la propagación. Y la siguiente evidencia demuestra de una manera convencedora que la Biblia es la Palabra única de Dios al hombre en forma escrita: (1) sus pretensiones únicas, (2) su autoridad auto-vindicatoria, (3) el testimonio de los apóstoles y profetas, (4) la integridad de Jesucristo, quien endosó el Antiguo Testamento y comisionó a los escritores del Nuevo, (5) la naturaleza y calidad de su contenido, (6) su superioridad moral, (7) su unidad, a pesar de mas de cuarenta escritores abarcando mas de 1,600 años, (8) la falta de una alternativa creíble, (9) su concordia con la historia, la arqueología, y la ciencia, (10) su indestructibilidad, (11) su universalidad, (12) su influencia sobre la sociedad, (13) el testimonio del Espíritu, (14) su poder para cambiar vidas, (15) sus promesas y sus milagros cumplidos, (16) sus profecías cumplidas, y (17) la falta de una explicación alternativa de su origen.

Ciertamente esperaríamos que la Palabra de Dios se identificaría como tal, y cada libro de la Biblia pretende, ya sea directa o indirectamente, ser la Palabra de Dios. De todos los libros de las grandes religiones del mundo, solo ún libro fuera de la Biblia se jacta de igual autoridad—el Korán—y su contenido imaginativo y contradictorio no apoya su pretensión. El libro más moral del mundo, la Biblia, no proclamaría la mentira más grande del mundo. Nadie fuera de Dios podría haber sido el autor de la Biblia, pues seres buenos no profesarían falsamente ser divinamente inspirados, y seres malos no enseñarían una moralidad tan alta.

La Biblia es inspirada por Dios, literalmente “respirada de Dios.” “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (II Timoteo 3:16). Los santos hombres de Dios escribieron siendo inspirados por el Espíritu Santo (II Pedro 1:21). La inspiración se extiende a todas partes de la Biblia y a cada palabra. Aunque los escritores humanos escogieron palabras que reflejaban su idioma, cultura, personalidad, circunstancias, y estilo, Dios guió el proceso de manera que cada palabra comunicaría con certeza Su mensaje. Como resultado, la Biblia es infalible, inerrante, y la única autoridad para doctrina y vida cristiana. La Biblia es verdad.

Los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento fueron reconocidos como Escrituras por los hebreos antiguos, y Jesús y los apóstoles citaron de o aludieron a casi todas ellas. Los veintisiete libros del Nuevo Testamento fueron aceptados por los Cristianos desde los tiempos más tempranos, incluso los contemporáneos de los escritores en la mayoría de los casos (II Pedro 3:15-16), y son reconocidos como Escrituras por toda la Cristiandad.

A veces pueden surgir errores al copiar, traducir, o imprimir las Escrituras, pero Dios ha mantenido Su mano sobre el proceso de transmisión para preservar Su palabra para siempre (Salmo 100:5). La exactitud del texto hebreo del Antiguo Testamento fue protegida por la extremadamente alta calidad del proceso de transmisión escrital y ha recibido verificación dramática por el descubrimiento reciente de los antiguos pergaminos del Mar Muerto. La exactitud del texto griego del Nuevo Testamento es asegurada por el extremadamente grande número de manuscritos—más de 5,000—que cancelan los errores de los copiadore.

La versión King James es la Biblia más popular en el inglés (la versión Reina-Valera es la más popular en el español). Fue traducida a través de un periodo de siete años por cuarenta y siete teólogos y lingüistas. Cada uno de ellos era un erudito célebre quien se hallaba firmemente comprometido a la inspiración y autoridad de las Escrituras. La versión New King James es una revisión en lenguaje moderno que busca preservar la exactitud y hacerla mas facil de entender.

Los estudiantes de la Biblia deben usar el método literal de interpretación, que significa seguir la implicación natural o usual de una expresión—el significado ordinario y aparente de las palabras—en vez de buscar un significado oculto, alegórico, o “espiritual.” Es importante usar lógica sana y estudiar palabras, gramática, trasfondo, contexto, estilo literario, historia, geografía, cultura, lenguaje figurativo, símbolos, parábolas, y tipos. Al estudiar la Biblia, debemos mantener en mente varios puntos: (1) es necesario tener la iluminación del Espíritu, (2) la Biblia es básicamente clara y propuesta para ser entendida, (3) la Escritura interpreta a la Escritura, (4) la verdad se revela progresivamente desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo, (5) la Biblia presenta una teología unificada, (6) ninguna doctrina es basada en un solo pasaje o se halla escondida en pasajes oscuros, (7) la Biblia está acomodada a la mente humana (pero no al error), y (8) cada pasaje tiene un significado primario pero puede tener varias aplicaciones.

Podemos tener confianza de que Dios nos ha revelado, preservado, y transmitido Su Palabra hoy y que la podemos entender. Su Palabra es la Biblia.

La Doctrina de Dios

“Dios es Espíritu” (Juan 4:24). El no se compone de carne, sangre, huesos, o materia física. El es invisible al ojo humano, a menos que escoja revelarse en alguna manera (Juan 1:18). Dios posee individualidad, racionalidad, y personalidad. El es auto-existente, eterno, e inmutable. El es omnipresente (presente en todo lugar), omnisciente (tiene toda sabiduría y todo lo conoce), y omnipotente (todopoderoso).

La naturaleza moral de Dios incluye santidad, justicia y rectitud, misericordia y gracia, amor, fidelidad, verdad, y bondad. El es absolutamente perfecto en toda manera. I Juan 4:8 dice, “Dios es amor”; ninguna otra religión le identifica tan completamente a Dios con el amor.

Puesto que Dios es santo, El no puede tener comunión con el pecado. La justicia de Dios demanda castigo para el pecado, pero en Su amor y misericordia El dió a Su Hijo para satisfacer los requisitos de Su justicia, proveyendo a la vez salvación para pecadores arrepentidos. Los que rechazan Su gentil provisión

de la salvación enfrentarán a Su juicio. Dios ama al pecador, pero Su naturaleza santa no le permite amar, condonar, o ignorar el pecado.

Dios es absolutamente e indivisiblemente uno. “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4). Su naturaleza eternal no contiene distinciones o divisiones esenciales. Todos los nombres y títulos de la Deidad como Dios, Jehová, Señor, Padre, Verbo, y Espíritu Santo se refieren al mismo ser. Cualquier pluralidad asociada con Dios es solamente una pluralidad de atributos, títulos, papeles, manifestaciones, modos de actividad, o relaciones al hombre. Muchos pasajes enfatizan la unidad de Dios (Isaías 42:8; 43:10-11; 44:6-8, 24; 45:21-23; 46:6-9; Marcos 12:28-30; Gálatas 3:20; I Timoteo 2:5; Santiago 2:19).

El título de Padre describe las funciones de Dios como padre de toda la creación, padre del Hijo unigénito, y padre del creyente renacido (Deuteronomio 32:6; Malaquías 2:10). El título de Hijo se refiere a la venida de Dios en carne, pues el niño Jesús fue concebido literalmente por el Espíritu Santo, quien era literalmente Su Padre (Mateo 1:18-20; Lucas 1:35). El título de Espíritu Santo identifica el carácter fundamental de la naturaleza de Dios. La santidad forma la base de Sus atributos morales, mientras que la espiritualidad es la base de Sus atributos no-morales. El Espíritu Santo es, específicamente, Dios en actividad, en particular ungiendo, regenerando, y habitando en el hombre—obras que Dios puede hacer porque es un Espíritu (Génesis 1:2; Hechos 1:5-8).

Estos términos también pueden ser entendidos en la revelación de Dios al hombre: Padre se refiere a Dios en relación familiar al hombre; Hijo se refiere a Dios encarnado; y Espíritu se refiere a Dios en actividad. Por ejemplo, un hombre puede tener tres relaciones o funciones significativas —como administrador, maestro, y consejero— y ser todavía una sola persona en todo sentido. Dios no es definido por ni limitado a una terriedad esencial. La Biblia nunca se refiere a Dios como una “trinidad” o como “tres personas” sino que con frecuencia le llama el Santo.

El título de Verbo se refiere a la auto-expresión o auto-revelación de Dios. El Verbo de Dios es El mismo (Juan 1:1), en particular Su pensamiento, mente, razonamiento, o plan. En la

persona de Jesucristo, “aquel Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14). “Dios fue manifestado en carne” (I Timoteo 3:16).

La Identidad de Jesucristo

Jesucristo es a la vez Dios y hombre. El es el único Dios encarnado. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9). “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (II Corintios 5:19). Jesucristo es la imagen del Dios invisible, Dios manifestado en carne, nuestro Dios y Salvador, y la imagen misma de la sustancia de Dios (II Corintios 4:4; Colosenses 1:15; I Timoteo 3:16; Tito 2:13; Hebreos 1:3; II Pedro 1:1). El no es la encarnación de una de las personas de una trinidad, sino la encarnación de todo el carácter, la calidad, y la personalidad del único Dios.

El reconocer la deidad de Jesucristo es esencial para la salvación. Jesús dijo, “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis,” haciendo referencia al nombre de Dios “Yo Soy” (Juan 8:24,58). Jesús solamente tiene poder para salvar del pecado si El es verdaderamente Dios, pues solo Dios es el Salvador y solo El puede perdonar el pecado (Isaías 43:25; 45:21-22; Marcos 2:7).

Todos los nombres y los títulos de la Deidad se aplican apropiadamente a Jesús. El es Dios (Juan 20:28), Señor (Hechos 9:5), Jehová (Isaías 45:23 con Filipenses 2:10-11), Yo Soy (Juan 8:58), Padre (Isaías 9:6; Apocalipsis 21:6-7), Verbo (Juan 1:14), y Espíritu Santo (Juan 14:17-18).

Dios el Padre habitaba dentro de Cristo el hombre. Jesús dijo, “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). “El Padre está en mí, y yo en el Padre” (Juan 10:38). “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre . . . el Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:9-10). La naturaleza divina de Jesucristo es el Espíritu Santo (Gálatas 4:6; Filipenses 1:19), que es el Espíritu del Padre (Mateo 1:18-20; 10:20). “El Señor es el Espíritu” (II Corintios 3:17). Jesús es Aquel que está en el trono celestial, como vemos por comparar la descripción de Jesús en Apocalipsis 1 con la de Aquel que está en el trono en Apocalipsis 4 y por notar que “Dios” y “el Cordero” es un mismo ser en Apocalipsis 22:3-4.

Jesús es también el Hijo de Dios. El término *Hijo* puede significar solamente la naturaleza humana de Cristo (como “el

Hijo murió”) o puede significar la unión de deidad y humanidad (como “el Hijo volverá a la tierra en gloria”), pero nunca se usa aparte de la encarnación de Dios. Nunca se refiere solamente a la deidad. Los términos “Dios el Hijo” e “Hijo eterno” no son bíblicos. El papel del Hijo empezó cuando Jesús fue milagrosamente concebido en el vientre de una virgen por el Espíritu Santo (Lucas 1:35; Gálatas 4:4; Hebreos 1:5).

Las Escrituras proclaman enfáticamente la completa y genuina humanidad de Cristo (Romanos 1:3; Hebreos 2:14-17; 5:7-8). El tenía un cuerpo, alma, espíritu, una mente, y una voluntad que eran humanos (Lucas 22:42; 23:46; Hechos 2:31; Filipenses 2:5; Hebreos 10:5,10). Jesús era un humano perfecto, con todo lo que la humanidad genuina incluye. La verdadera humanidad de Cristo no significa que El tenía una naturaleza pecaminosa. El era sin pecado, El no cometió pecado, y el pecado no estaba en El (Hebreos 4:15; I Pedro 2:22; I Juan 3:5). El vino con la clase de naturaleza humana inocente que Adán y Eva tuvieron en el principio.

El creer en la verdadera humanidad de Cristo es esencial para la salvación (I Juan 4:3). Si Dios no vino verdaderamente en la carne, entonces no hay sangre para la remisión de pecados; no hay sacrificio de propiciación. El propósito mismo de la Encarnación era proveer un hombre santo para mediar entre el Dios santo y la humanidad pecaminosa.

Es necesario distinguir claramente entre la deidad y la humanidad de Cristo. Aunque Jesús era a la vez Dios y hombre, a veces El actuaba del punto de vista humano y a veces del punto de vista divino. Como Padre, El a veces hablaba de parte de Su auto-conciencia divina; como Hijo, El a veces hablaba de parte de Su auto-conciencia humana. Solamente como un hombre podría Jesús nacer, crecer, ser tentado por el diablo, tener hambre, tener sed, cansarse, dormirse, orar, ser azotado, morir, no conocer todas las cosas, no tener todo poder, ser inferior a Dios, y ser un siervo. Solamente como Dios El podría existir desde la eternidad, ser inmutable, echar fuera demonios por Su propia autoridad, ser el pan de vida, dar agua viva, dar descanso espiritual, calmar la tempestad, contestar la oración, sanar a los enfermos, resucitar a Su cuerpo de la muerte, perdonar el pecado, conocer todas las cosas, tener todo poder, ser

identificado como Dios, y ser Rey de reyes. En una persona ordinaria, estas dos listas en contraste serían mutuamente exclusivas, pero las Escrituras las atribuyen todas a Jesús, revelando Su naturaleza doble.

Aunque tenemos que *distinguir* entre la deidad y la humanidad de Cristo, es imposible *separar* a las dos en Cristo (Juan 1:1,14; 10:30,38; 14:10-11; 16:32). El Padre se unió a la humanidad para formar un solo ser—Jesucristo, la Deidad encarnada. Mientras estaba en la tierra Jesús era plenamente Dios, y no meramente un hombre ungido. A la vez, El era completamente humano, y no solamente una semejanza de hombre. El poseía el poder, la autoridad, y el carácter ilimitado de Dios. El era Dios por naturaleza, por derecho, por identidad; El no se hallaba deificado solamente por una unción o investidura. Desempleado a un creyente lleno del Espíritu, la humanidad de Jesucristo se hallaba inextraíblemente unida con toda la plenitud del Espíritu de Dios.

Podemos identificar cuatro temas mayores en la descripción bíblica de la Encarnación : (1) la absoluta y completa deidad de Jesucristo; (2) la humanidad perfecta y sin pecado de Jesucristo; (3) la distinción clara entre la humanidad y la deidad de Jesucristo; y, sin embargo, (4) la unión inseparable de deidad y humanidad en Jesucristo.

Jesús es la plenitud de Dios habitando en perfecta humanidad y manifestándose como un ser humano perfecto. El no es la transmutación de Dios a carne, la manifestación de una porción de Dios, la animación por Dios de un cuerpo humano, o Dios habitando temporalmente en una persona humana aparte. Jesucristo es la encarnación—incorporación, personificación humana—del único Dios.

Angeles y Demonios

El único Dios creó todo, incluso el cielo y la tierra y todo ser viviente (Génesis 1:1; Apocalipsis 4:11).

Antes de la creación del mundo Dios creó a los ángeles, quienes son seres espirituales con personalidades individuales. Aparentemente hay diferentes tipos o grados de ángeles, incluso serafines, querubines, y por lo menos un arcángel (Miguel). Los ángeles tienen un ministerio celestial; ellos rodean el trono

de Dios y le alaban. También tienen un ministerio terrenal como mensajeros de Dios. Ellos fortalecen, animan, protegen, y libran a los santos. Son instrumentales en cumplir la obra de Dios, en particular Su juicio.

Los ángeles fueron creados buenos, pero algunos llegaron a ser malos por su propia voluntad. Un tercio de ellos cayó por transgresión, y la Biblia no menciona ningún plan de redención para ellos. Algunos de estos ángeles caídos están presos (II Pedro 2:4).

Las Escrituras indican que Satanás, o el diablo, fue creado originalmente como Lucero, un buen ángel segundo en poder a Dios. El pecó mediante orgullo y rebeldía contra Dios. Ahora Satanás es el principal adversario de Dios y del hombre. La Biblia le llama el tentador, acusador, maligno, homicida, padre de mentiras, serpiente, dragón, león rugiente, dios de este mundo, príncipe de la potestad del aire, y príncipe de los demonios. Aunque es poderoso, él no es omnisciente, omnipresente, ni omnipotente. El Espíritu de Dios da a los creyentes poder sobre Satanás (Santiago 4:7; I Juan 4:4).

Los demonios son los agentes de Satanás. Ellos parecen ser ángeles caídos que no están presos (Mateo 25:41). Buscan poseer cuerpos humanos, y causan muchas clases de enfermedades físicas y espirituales, tentación, y opresión. Están involucrados en la adivinación, herejía, idolatría, y el gobierno del mundo. En el último día, Satanás con sus agentes serán echados al lago de fuego por la eternidad. Los Cristianos tienen el poder de echar fuera demonios en el nombre de Jesús (Marcos 6:13; 16:17).

La Humanidad

Dios creó al hombre y a la mujer a Su imagen espiritual, moral, e intelectual (Genesis 1:27). El alma y el espíritu componen la parte eterna del hombre, incluyendo el intelecto, la personalidad, las emociones, la voluntad, el reconocimiento de sí mismo, la intuición, la conciencia, y el reconocimiento de Dios.

Originalmente, la naturaleza humana era inocente y sin pecado, con un completamente libre albedrío. Adán y Eva escogieron desobedecer a Dios y entonces introdujeron el pecado a la raza humana. Todos ahora nacen con una naturaleza

pecaminosa—la compulsión a pecar, el dominio del pecado (Romanos 3:9; 5:12,19; 7:14). La naturaleza pecaminosa lleva inevitablemente a hechos pecaminosos, resultando en condenación.

La Biblia declara enfáticamente que todos los humanos son pecadores (I Reyes 8:46; Proverbios 20:9; Isaías 64:6). Todos están bajo el pecado y son culpables ante Dios (Romanos 3:9,19). “No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10). “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Como un resultado, la humanidad está bajo la sentencia de muerte, física y espiritualmente. “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). “El pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:15). Muerte significa separación y la muerte espiritual última es la separación eterna de Dios.

Todos necesitan ser salvos del pecado y de su pena, la muerte. Y Dios ha provisto salvación por medio de Jesucristo.

La Obra Salvadora de Jesucristo

Dios vino en carne como Jesucristo para proveer salvación para Su creación caída. La Encarnación era para el propósito de la Propiciación. El evangelio, literalmente las “buenas nuevas,” es que Jesús murió, fue sepultado, y resucitó para nuestra salvación. Disímil a toda otra religión, el Cristianismo depende de la muerte y resurrección de su fundador.

La santidad de Dios demanda que El se separe de la humanidad pecaminosa. La separación de Dios, la fuente de toda vida, significa muerte—físicamente, espiritualmente y eternamente—y entonces la santa ley de Dios requiere la muerte como la pena para los pecadores. Dios escogió obligarse por el principio de muerte por el pecado. Sin el derramamiento de sangre (el dar de una vida) no puede haber remisión o libertad de esta pena y no puede haber restauración a comunión con el Dios santo (Hebreos 9:22). La muerte de animales no es suficiente para remitir nuestros pecados (Hebreos 10:4), porque somos mucho mayor que ellos en que nosotros fuimos creados a la imagen espiritual de Dios. Tampoco puede una persona ordinaria sufrir la pena en nuestro lugar, pues cada uno merece la muerte eterna por sus propios pecados.

Para poder proveer un sustituto aceptable, Dios vino a la tierra como un hombre sin pecado—Jesucristo. Jesús era el único hombre sin pecado que jamás ha vivido, y entonces El era el único que no merecía morir y que podría ser un sustituto perfecto. Su muerte llegó a ser la propiciación permanente por nuestros pecados. Dios no excusa a nuestros pecados sino que ha infligido la pena por esos pecados en el inocente hombre Cristo. Entonces la muerte de Cristo fue hecha necesaria por (1) la pecaminosidad de toda la humanidad, (2) la santidad de Dios, (3) la ley de Dios que requiere muerte como la pena por el pecado, y (4) el deseo de Dios de proveer salvación para los pecadores.

No hay salvación fuera del Señor Jesucristo. Jesús afirmó, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). (Véase Juan 8:24; Romanos 10:9-17.)

El Antiguo Testamento tipificó la muerte de Cristo por sacrificios de animales. El pueblo de Dios ofrecía sacrificios de sangre para hacer propiciación por—cubrir, perdonar, remitir, o expiar— sus pecados. Estos sacrificios no quitaban actualmente el pecado, pero demostraban fe en y obediencia a el plan de salvación de Dios. En la cruz, Jesús pagó la pena por los pecados de todo el tiempo, y su sacrificio está al alcance de todos en toda época que creen y obedecen a Dios (Romanos 3:25).

La Biblia describe la muerte de Cristo de varias maneras:

1. **Redención** o rescate (Mateo 20:28; Gálatas 3:13; I Timoteo 2:6). Redimir significa librar por pagar un precio; el rescate es el precio pagado. La sangre (vida) de Cristo era el rescate que la santa ley de Dios demandaba para redimirnos del cautiverio y la pena del pecado (I Pedro 1:18-20; Apocalipsis 5:8-10).

2. **Propiciación** (Romanos 3:25; I Juan 2:2). Esto significa satisfacción o aplacamiento—algo que le permite a Dios perdonar el pecado sin comprometer Su santidad y justicia. La muerte de Cristo cumplió con los requisitos justos de Dios, comprando así la remisión de pecados (Mateo 26:28; Juan 1:29).

3. **Reconciliación** (Romanos 5:6-11; II Corintios 5:14-21). Cristo el hombre hace mediación entre Dios y los hombres (I Timoteo 2:5). Como un hombre sin pecado El quitó la barrera

entre el Dios santo y los hombres pecaminosos, restaurándonos a la comunión con Dios.

4. *Sustitución* (Isaías 53:5-6; II Corintios 5:21; I Pedro 2:24). Jesucristo tomó nuestro lugar y sufrió la pena que nosotros merecíamos por nuestros pecados. En este sentido El llegó a cargar el pecado, a ser el sacrificio por nuestros pecados (I Corintios 5:7; Hebreos 9:28;10:10-17).

Después de que Cristo murió, Su cuerpo fue sepultado en la tumba y su alma descendió al Hades (el lugar de las almas que han partido) (Hechos 2:25-32). Después de tres días El resucitó con un cuerpo físico glorificado, victorioso sobre la muerte y el Hades. Su resurrección es esencial para nuestra salvación porque hizo efectivo a Su muerte; obtuvo Su victoria sobre la muerte (Romanos 4:25; I Corintios 15:14). Por causa de Su resurrección nosotros tenemos poder para vencer y vida nueva en Cristo además de la seguridad de la inmortalidad futura (Romanos 5:10;6:4; I Corintios 15:20-23).

Cuarenta días después de la resurrección, Jesús ascendió al cielo, donde es exaltado para siempre (Efesios 1:20,21; Filipenses 2:9). Durante Su vida terrenal, El dejó las prerrogativas divinas de gloria, honra, y reconocimiento y se sometió a limitaciones humanas, pero ahora no. En el cielo, Jesucristo como Dios está abiertamente investido de todo poder, autoridad, y gloria. La Cruz era el único, final sacrificio para todo tiempo (Hebreos 10:12), y aquel sacrificio supremo provee intercesión presente por nuestros pecados y libre acceso al trono de Dios (Romanos 8:34; Hebreos 4:14-16; I Juan 2:1).

La Cruz invierte todas las consecuencias del pecado. La iglesia más que recuperará en Cristo todo lo que la raza humana perdió a causa del pecado. Los creyentes se gozan de muchas bendiciones como resultado en esta vida y recibirán la plenitud en la eternidad. Los beneficios de la obra de Cristo incluyen el perdón de pecados, vida nueva espiritual, poder sobre el diablo, sanidad para el cuerpo, y últimamente liberación de la creación de la maldición del pecado y vida eterna para los creyentes (Isaías 53:5; Romanos 8:19-23; Colosenses 1:14,20; Hebreos 2:14).

La obra presente de la salvación tiene varios aspectos, que una persona recibe por fe al arrepentirse, ser bautizado en el

nombre de Jesús, y recibir el Espíritu Santo (I Corintios 6:11).

1. *Justificación* (Romanos 3:24,26). Justificar significa declarar, contar, o considerar como justo. Esto incluye el perdón de pecados, incluso la remoción de toda culpabilidad y castigo, y la imputación de la justicia de Cristo.

2. *Regeneración*, o nuevo nacimiento (Juan 3:5; Tito 3:5). Esto es más que una reformatión; es el impartimiento de una nueva naturaleza—la naturaleza de Dios—con un cambio de deseos y poder para vivir una vida nueva.

3. *Adopción* (Romanos 8:14-17; Gálatas 4:1-7). El creyente es colocado en la familia espiritual de Dios y escogido como Su heredero.

4. *Santificación*, o separación (Hebreos 10:10). Al ser convertida, la persona es puesta aparte del pecado. El Espíritu Santa sigue entonces a transformarle, perfeccionarle, y hacerle santa (II Corintios 3:18; I Tesalonicenses 3:13; 5:23).

La obra propiciatoria de Cristo es la base para la salvación en toda época. La salvación siempre tiene su origen en la gracia de Dios y es apropiada por la fe obediente. Cristo murió por toda la raza humana (Juan 1:29; I Timoteo 2:6; I Juan 2:2). Los beneficios de Su propiciación llegan a todos los que creen en El y aplican Su obra a sus vidas (Juan 3:16; Hebreos 5:9).

La Salvación Neotestamentaria

En el contexto de las Escrituras, salvación significa liberación de todo el poder y los efectos del pecado, y tiene aspectos pasados, presentes, y futuros.

Salvación por gracia por medio de la fe. No hay nada que una persona pueda hacer para salvarse a sí misma. Ninguna cantidad de buenas obras o adherencia a leyes puede salvarle. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9). La salvación es un regalo gratis de Dios, la cual el hombre no puede merecer o ganarse. La obra propiciatoria de Jesucristo ha hecho disponible este regalo gratis de la salvación, y la única manera de recibirlo es creer en Jesús y en la suficiencia de Su sacrificio (Romanos 3:24-28; 4:22-25).

La fe salvadora. El creer en Jesucristo incluye el creer Su Palabra, y el realmente creer Su Palabra incluye la obediencia.

La fe es más que asento mental, aceptación intelectual, o profesión verbal; incluye confianza, compromiso, apropiación, y aplicación. No podemos separar la fe salvadora de la obediencia (Hechos 6:7; Romanos 1:5; 2:6-10; 10:16; 16:26; Hebreos 11:6-8). La obediencia a la Palabra de Dios es absolutamente necesaria para la salvación (Mateo 7:21-27; Juan 14:15,23; Romanos 6:17; 15:18; II Tesalonicenses 1:7-10; Hebreos 5:9; I Pedro 1:21-23; 4:17; I Juan 2:3-5; 5:1-3). La fe vive solamente mediante respuesta y acción (Santiago 2:14-26). Es posible tener un grado inicial de fe en Cristo y todavía no ser salvo si no hay aceptación, compromiso, y obediencia completa (Mateo 7:21-23; Juan 2:23-25; 12:42-43; Hechos 8:12-23; Santiago 2:19).

La fe es el medio de apropiar la gracia de Dios. Es el medio por el cual la gente se entrega a Dios, obedece Su Palabra, y le permite hacer Su obra salvadora en ellos. Entonces, la fe salvadora es (1) la aceptación del evangelio de Jesucristo como el único medio de salvación y (2) obediencia a aquel evangelio (aplicación o apropiación de aquel evangelio).

El evangelio y el Nuevo Nacimiento. El evangelio de Jesucristo es Su muerte, sepultura, y resurrección para nuestra salvación (I Corintios 15:1-4). Una persona responde al evangelio, o aplica el evangelio a su vida, por arrepentimiento del pecado (muerte al pecado), bautismo por inmersión en agua en el nombre de Jesucristo (sepultura con Cristo), y recibir el Espíritu Santo (vida nueva en Cristo) (Hechos 2:1-4,38; Romanos 6:1-7; 7:6; 8:2).

Jesús dijo, "El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:5). Cuando una persona cree en Jesucristo y obedece a Hechos 2:38, experimenta el nacimiento de agua y del Espíritu. El es "nacido de nuevo," actualmente llegando a ser una nueva creación (Juan 3:3, 7; II Corintios 5:17). En el arrepentimiento y el bautismo en agua, él sepulta la manera antigua y pecaminosa de vivir, el registro de los pecados pasados, y la pena de muerte por el pecado. Cuando él recibe el Espíritu Santo él empieza a vivir una vida nueva y piadosa.

En el Día de Pentecostés, el día del nacimiento de la iglesia neotestamentaria, el apóstol Pedro predico el primer sermón del evangelio a las multitudes que se habían juntado para obser-

var a los creyentes recién llenos del Espíritu mientras ellos hablaban en lenguas y alababan a Dios. Convencidos de sus pecados por su mensaje sencillo pero poderoso, los oyentes clamaron, “Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2:37). Pedro dió una respuesta precisa, completa, e inequívoca: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Los que fueron salvos en los Evangelios fueron salvados bajo el Antiguo Pacto mientras esperaban el Nuevo. El Nuevo Pacto no entró en efecto hasta después de la ascensión de Cristo (Lucas 7:28; 24:47-49; Juan 7:39; 16:7; Hechos 1:4-8; Hebreos 9:14-17). Entonces, Hechos 2:38 es la respuesta comprensiva a una pregunta acerca de la conversión neotestamentaria, expresando en forma compacta la respuesta correcta al evangelio.

No tan solo los judíos en el Día de Pentecostés recibieron la experiencia de Hechos 2:38, sino que los samaritanos, el apóstol Pablo, los gentiles, y los discípulos de Juan en Efeso la recibieron también (Hechos 8:12-17; 9:17-18 con 22:16; 10:44-48; 19:1-6). En breve, el mensaje de salvación en el Nuevo Testamento es arrepentimiento del pecado, bautismo en agua en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y el recibir el Espíritu Santo con la señal inicial de hablar en lenguas.

Arrepentimiento. El arrepentimiento es una media vuelta desde el pecado hacia Dios (Hechos 26:18-20). Tiene tres aspectos necesarios: un cambio intelectual (cambio de opiniones), un cambio emocional (cambio de sentimientos), y un cambio volicional (cambio voluntario de propósito). Incluye reconocimiento del pecado (Marcos 2:17), confesión del pecado a Dios (Proverbios 28:13; I Juan 1:9), contrición o tristeza según Dios por el pecado (Salmo 51:17; II Corintios 7:10), y una decisión de abandonar el pecado (Proverbios 28:13; Lucas 3:7-8). Juntamente con el arrepentimiento viene la disposición a hacer restitución por los pecados pasados, lo más posible (Mateo 5:23-24; Lucas 19:8).

El arrepentimiento es la primera respuesta de la fe al llamado de Dios (Marcos 1:15). Es absolutamente necesario para la salvación (Lucas 13:3,5; Hechos 17:30; II Pedro 3:9). Sin el

arrepentimiento el bautismo no es efectivo, y sin el arrepentimiento una persona no puede recibir el Espíritu Santo (Hechos 2:38; 3:19).

En el arrepentimiento, la persona empieza a dejar que Dios obre en su vida. Se decide a dejar el pecado y permite que Dios le vuelva. Como parte del apartarse del pecado, Dios le empodera para quebrar sus ligaduras a los deseos y hábitos pecaminosos. Como parte de la vuelta hacia Dios, el arrepentimiento prepara el camino para que tenga una relación personal con Dios, calificándole para bautismo de agua y del Espíritu.

La obra de perdón y remisión viene mediante arrepentimiento y bautismo en agua (Hechos 2:38). El arrepentimiento trata con la manera pecaminosa de vivir de la persona, y el bautismo trata con el registro y las consecuencias del pecado.

Bautismo en Agua. El bautismo en agua es parte de la salvación (I Pedro 3:21). Expresa fe en Dios por obediencia a Su Palabra (Marcos 16:16; Hechos 2:41). El modo bíblico del bautismo es inmersión en agua, y solamente este método retiene el simbolismo bíblico del bautismo como una sepultura (Mateo 3:16; Hechos 8:36-39; Romanos 6:4). La fe en Cristo y el arrepentimiento del pecado se necesitan para que sea válido; entonces el bautismo de los infantes no es apropiado (Mateo 3:6-11; Hechos 2:38; 8:37).

El significado bíblico del bautismo en agua es lo siguiente: (1) Dios remite el pecado en el bautismo en agua (Hechos 2:38; 22:16). Dios borra el registro del pecado y cancela su pena. El lava los pecados, sepultándolos para siempre. (2) El bautismo es parte del nuevo nacimiento (Juan 3:5; Tito 3:5). (3) El bautismo le identifica a la persona con la sepultura de Jesús (Romanos 6:4; Colosenses 2:12). Indica que él ha muerto a los pecados por el arrepentimiento y que está sepultando sus pecados pasados, el dominio del pecado, y la manera de vivir pecaminosa. (4) El bautismo en agua es parte del único bautismo de agua y del Espíritu que coloca a los creyentes en Cristo (Romanos 6:3-4; Gálatas 3:27; Efesios 4:5). Los identifica personalmente con Jesús y es parte de la entrada a Su familia. (5) El bautismo es parte de la circuncisión espiritual (Colosenses 2:11-13).

La Biblia enseña que el bautismo debe administrarse en el

nombre de Jesucristo. Esto significa invocar el nombre de Jesús oralmente (Hechos 22:16; Santiago 2:7) y rebautizar a los que han sido bautizados de alguna otra manera (Hechos 19:1-5). El nombre de Jesús en la fórmula bautismal expresa fe en Su verdadera identidad, obra propiciatoria, y poder y autoridad para salvar. El nombre de Jesús es el único nombre salvador, el nombre por el cual se recibe la remisión de pecados, el nombre más exaltado, y el nombre en el cual los cristianos deben decir y hacer todas las cosas (Hechos 4:12; 10:43; Filipenses 2:9-11; Colosenses 3:17). Entonces, el usar el nombre de Jesús es la manera correcta de cumplir todos los propósitos para el bautismo.

La Biblia registra cinco relatos históricos del bautismo en la iglesia neotestamentaria que describen un nombre o una fórmula. En cada caso el nombre es Jesús (Hechos 2:38; 8:16; 10:48; 19:5; 22:16). Las epístolas también aluden a la fórmula del Nombre de Jesús (Romanos 6:3-4; I Corintios 1:13; 6:11; Gálatas 3:27; Colosenses 2:12). Aun Mateo 28:19 se refiere a esta fórmula, pues describe un nombre singular que representa todas las manifestaciones redentivas de la Deidad, y ese nombre es Jesús (Zacarías 14:9; Mateo 1:21; Juan 5:43; 14:26; Apocalipsis 22:3-4). Además, Jesús es el nombre que se describe en los otros relatos de la Gran Comisión (Marcos 16:17; Lucas 24:47).

El bautismo del Espíritu Santo. El bautismo con, por, en o del Espíritu Santo es parte de la salvación en el Nuevo Testamento (Juan 3:5; Romanos 8:1-16; I Corintios 12:13; Efesios 1:13-14; Tito 3:5). La frase describe cómo el creyente es sumergido en y llenado del Espíritu Santo de Dios. En Hechos los términos “bautizados, llenos, recibido, cayó sobre, vino sobre, y sobre... se derramase el don” describen todos a esta experiencia (Hechos 1:4-5; 2:4; 10:44-47; 11:15-17; 19:1-6). Se promete a todos los que creen en Jesús y obedecen Su Palabra (Juan 7:38-39; Hechos 5:32; 11:15-17; 19:2; Gálatas 3:14; Efesios 1:13).

La Biblia registra cinco relatos históricos de la recepción del Espíritu Santo en la iglesia neotestamentaria: los judíos, los samaritanos, los gentiles, el apóstol Pablo, y los discípulos de Juan en Efeso. Este registro establece que el bautismo del Espíritu de veras es para todos (Lucas 11:13; Hechos 2:39) y es

acompañado por la señal inicial de lenguas (Marcos 16:17). Hablar en lenguas significa hablar sobrenaturalmente, como el Espíritu da que se hable, en un idioma que el que habla nunca ha aprendido (Hechos 2:1-11).

Tres de los relatos describen explícitamente el hablar en lenguas como la señal inicial de recibir el Espíritu. En el Día de Pentecostés, un sonido de viento significó la venida del Espíritu y llamas como de fuego señalaron la disponibilidad a cada persona, pero el hablar en lenguas “según el Espíritu les daba que hablasen” era la señal inicial de que cada individuo había sido llenado (Hechos 2:1-4). Las lenguas convencieron a los judíos escépticos y atónitos que los gentiles acababan de recibir el Espíritu Santo; las lenguas por sí solas identificaron suficientemente a esta experiencia como la experiencia Pentecostal (Hechos 10:44-47; 11:15-17). Los discípulos efesios también hablaron en lenguas como la primera señal de recibir el Espíritu (Hechos 19:6).

Las lenguas son implícitas en los otros dos relatos. Una señal milagrosa no nombrada indicó el momento exacto cuando los samaritanos recibieron el Espíritu; su ausencia anterior denota que ellos todavía no tenían el Espíritu a pesar de tener gozo, fe, y bautismo, y era tan espectacular que Simón el Mago codiciaba el poder de impartir el Espíritu con esta señal (Hechos 8:5-19). Hechos 9:17 menciona sin descripción la experiencia de Pablo, pero I Corintios 14:18 dice que él hablaba en lenguas con frecuencia.

El bautismo del Espíritu Santo es la experiencia básica y normal con Dios en el Nuevo Testamento, el nacimiento del Espíritu. El Espíritu es el reposo, guía a toda la verdad, el que hace adopción, intercesor, sello, arras de la herencia, y santificador (Isaías 28:11-12; Juan 16:13; Romanos 8:15,26; Efesios 1:13-14; I Pedro 1:2). Una persona puede recibir el Espíritu por arrepentirse, tener fe en Dios, y pedirle a Dios Su don. Cuando una persona recibe el Espíritu Santo, recibe poder para vencer al pecado y vivir una vida santa (Hechos 1:8; Romanos 8:4,13). Si él permite que el Espíritu le llene (controle y guíe) continuamente, producirá el fruto del Espíritu y llegará a ser como Cristo (Gálatas 5:22-23).

Conclusión. No se debe rechazar a los que no han recibido

la experiencia neotestamentaria, sino que deben ser animados a recibir todo lo que Dios tiene para ellos. Hay mucha gente sincera y aun arrepentida como Apolos y los discípulos de Juan en Efeso quienes necesitan ser guiados a verdad mas avanzada para que puedan tener un nuevo nacimiento apostólico. La experiencia y la doctrina de una persona deben conformarse al modelo bíblico y apostólico completo; los que buscan a Dios sin cumplir con este modelo tendrán que contestar a Dios. La responsabilidad de una persona es clara: tiene que actuar sobre la verdad.

En resumen, (1) la Biblia es la única autoridad para la salvación; (2) la base de la salvación es la muerte, sepultura, y resurrección de Cristo; (3) la salvación viene solamente por gracia mediante la fe en Jesucristo; y (4) la aplicación de la gracia y la expresión de la fe vienen mientras una persona obedece a Hechos 2:38, recibiendo así el nuevo nacimiento de Juan 3:3-5.

La Santidad y La Vida Cristiana

La vida Cristiana es una jornada diaria de fe (Romanos 1:17). Nadie es salvo por predestinación individual; todos son salvos al responder en fe a la gracia universal de Dios (Juan 3:16; Tito 2:11-12). La Biblia no enseña la seguridad eterna incondicional; cada persona vive por fe obediente en Cristo (Romanos 11:17-23; Hebreos 2:1-4; 10:35-39). Si los Cristianos permanecen en El, tienen la aseguranza de vida eterna, pues ninguna fuerza externa les puede quitar su salvación (Romanos 8:35-39; Hebreos 6:11; 10:22).

Varias disciplinas básicas son partes íntegras de la vida Cristiana.

1. *La Oración* (Mateo 6:5-15; Efesios 6:18; I Tesalonicenses 5:17; Judas 20-21). La oración le capacita al Cristiano para recibir las promesas de Dios además de dirección y poder espiritual. Dios promete contestar sus oraciones, suplir sus necesidades, librarle de la tentación, y obrar todas las cosas para su bien (Mateo 6:33; 7:7; 17:20; 21:22; Juan 14:14; Romanos 8:28; I Corintios 10:13; Filipenses 4:6,19). Para recibir estas promesas, él debe pedir con fe, de un corazón arrepentido, en la voluntad de Dios y no de deseos carnales (Salmo 66:18; Santiago 1:5-8; 4:2-3; 5:16; I Juan 3:20-22; 5:14-15).

2. *El estudio Bíblico* (Salmo 119:11,16,105; II Timoteo 2:15; 3:14-17). Para conocer la verdad, hacer la voluntad de Dios, y vencer a la tentación, el Cristiano debe leer, estudiar, meditar en, y aprender la Palabra de Dios.

3. *Asistencia fiel a la iglesia y sumisión al liderato piadoso* (Salmo 122:1; Hebreos 10:25; 13:17). Todos los Cristianos necesitan la instrucción, comunión, alabanza en grupo, y el esfuerzo evangelístico que una iglesia y un pastor local proveen.

4. *El dar de diezmos y ofrendas* (Malaquías 3:8-12; Mateo 6:1-4; Lucas 6:38; 16:10-12; I Corintios 9:7-14; II Corintios 9:6-7). El diezmar empezó antes de la ley de Moises y sigue después de ella. Abraham y Jacob pagaron diezmos. Los diezmos son el diez por ciento del “aumento” (ingreso) y son usados para apoyar a la iglesia. Las ofrendas son regalos voluntarios adicionales.

5. *La adoración* (Salmo 100:1-5; 111:1; Juan 4:24; I Corintios 14:26-33,40; II Corintios 3:17). Los Cristianos deben adorar en Espíritu y en verdad. Las expresiones bíblicas de la adoración incluyen las devociones privadas, adoración en grupo, alabando con sonido fuerte, cantando, tocando instrumentos musicales, orando en voz alta, alzando las manos, batiendo las manos, llorando, y danzando ante el Señor (Salmo 33:2-3; 47:1; 141:2; 149:3-5; 150:1-6; Hechos 4:24-31; I Timoteo 2:8; Efesios 5:19).

6. *El ayuno* (Mateo 6:16-18; 9:14-15; 17:21). El ayunar no gana el favor de Dios, ni tiene el propósito de castigar al cuerpo. Mas bien, le ayuda a la persona a disciplinarse, enfocar en prioridades, y acercarse más al reino espiritual.

7. *Santidad de vida*. La búsqueda de la santidad es tan importante como el nuevo nacimiento. “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

Dios manda a Su pueblo a ser santos en toda su conducta porque El es santo (I Pedro 1:15-16). Deben obedecer este mandamiento para (1) agrandar a Dios, pues le pertenecen, (2) comunicar a Cristo a otros, y (3) beneficiarse ahora y por la eternidad.

Para el pueblo de Dios la santidad significa conformidad al

carácter de Dios—pensar lo que El piensa, amar lo que El ama, aborrecer lo que El aborrece, y comportarse como Cristo se comportaría. Específicamente, la santidad es (1) *separación* del mundo y del sistema mundial y (2) *dedicación* a Dios (Romanos 12:1-2; II Corintios 6:17-7:1).

Los Cristianos no deben amar a este sistema mundial impío, ni deben identificarse con él, llegar a tener afecto por las cosas que hay en él, o participar de sus placeres y actividades pecaminosos (Santiago 1:27; 4:4; I Juan 2:15). Deben evitar a tres áreas mayores de pecado: los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida (I Juan 2:16). Ellos deben disciplinarse, y deben abstenerse de toda apariencia de maldad (I Corintios 9:24-27; I Tesalonicenses 5:22).

La santidad es interna y externa (I Corintios 6:19-20; II Corintios 7:1; I Tesalonicenses 5:23). Incluye actitudes, pensamientos, y administración espiritual, pero también incluye acciones, apariencia, y administración física. Ambos aspectos son esenciales.

La vida de santidad es un esfuerzo continuo hacia la perfección (Mateo 5:48; II Corintios 7:1; Filipenses 3:12-16). Nadie es absolutamente perfecto, pero todos pueden ser relativamente perfectos y maduros. Dios espera un crecimiento continuo en la gracia y el conocimiento y una producción en aumento del fruto espiritual (Juan 15:1-8; II Pedro 3:18). La meta diaria del Cristiano es vencer al pecado (Juan 5:14; 8:11). No debe pecar; si es que peca, puede recibir perdón por el arrepentimiento y la confesión (I Juan 1:9; 2:1).

La santidad no es un medio de ganar la salvación, sino que es un resultado de la salvación. Viene mediante (1) la fe, (2) el amor, y (3) el andar según el Espíritu. Todos los aspectos de la salvación, incluyendo la obra santificadora del Espíritu Santo, vienen por la fe (Efesios 2:8). Si alguien de veras cree a Dios, obedecerá los mandamientos de Dios (Juan 14:15,23; I Juan 2:3-6). El amor es mucho mas estricto y demanda mas que la ley o el deber. El Espíritu Santo imparte una naturaleza santa. Mediante la guianza y el poder del Espíritu, el creyente puede vencer al pecado y vivir justamente (Romanos 8:2-4; Gálatas 5:16; I Tesalonicenses 4:7-8).

El Espíritu Santo enseña la santidad por (1) la Palabra

inspirada de Dios, (2) predicadores y maestros ungidos que proclaman y aplican la Palabra, y (3) impulsos y convicciones internos (que no se desvían de la Palabra).

El seguir la santidad requiere un esfuerzo personal; no es automático. El Cristiano debe rendirse a la operación del Espíritu de Dios y debe implementar activamente los principios espirituales (Romanos 6:11-14; Filipenses 2:12; II Pedro 3:14).

La vida Cristiana es una de libertad, y no legalismo. Legalismo significa basar la salvación sobre obras o leyes o imponer reglas que no son bíblicas. Todas las verdaderas normas de santidad o son declaraciones bíblicas específicas o son aplicaciones válidas de principios bíblicos a situaciones contemporáneas.

Los Cristianos tienen libertad del pecado, libertad de la ley, y libertad para actuar según su juicio en asuntos no morales. La libertad Cristiana no niega la responsabilidad a seguir la ley moral y la enseñanza bíblica (Romanos 6:15; Gálatas 5:13). Además, la Biblia presenta varias normas para el ejercicio apropiado de la libertad Cristiana aun en asuntos no morales: (1) Debemos hacer todo para la gloria de Dios (I Corintios 10:31; Colosenses 3:17). (2) Debemos evitar todo lo que no sea de beneficio, o que sea detrimental o un “peso” (I Corintios 6:12; 10:23; Hebreos 12:1). (3) Debemos evitar cualquier cosa que llegará a dominar (I Corintios 6:12). (4) Debemos evitar el daño a otros (Romanos 14:13-21; I Corintios 8:9-13; 10:32- 33).

Estas son áreas importantes en las cuales principios bíblicos, y entonces universales e inmutables, se aplican:

1. *Actitudes* (Gálatas 5:19-21; Efesios 4:23-32). Los Cristianos deben desechar actitudes malas, incluso el odio, la malicia, la ira, los celos, la codicia, los rencores, el orgullo, el prejuicio, la venganza, las contiendas, y la discordia. La esencia de la santidad es el producir el fruto del Espíritu, que incluye amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, y templanza. Los Cristianos deben perdonar, ser obedientes a las autoridades, ser agradecidos, no dejarse ser ofendidos por nada, y no ser entrometidos en las vidas de otros.

2. *Pensamientos* (Mateo 15:18-20; II Corintios 10:5; Filipenses 4:8). Una persona es lo que piensa, y llega a ser lo que él permite estar en su mente. Los Cristianos deben pensar en

cosas que son verdaderas, honestas, justas, puras, amables, virtuosas, y dignas de alabanza. Deben desechar a todos los pensamientos malos, llevando preso a todo pensamiento para hacerlo obediente a Cristo.

3. *La lengua* (Santiago 1:26; 3:1-2; 4:11; 5:12). Los Cristianos no deben chismear, calumniar, reprochar, sembrar discordia, jurar, tomar el nombre del Señor en vano, pronunciar maldiciones, vituperar, mentir, usar palabras ociosas, o usar lenguaje provocativo, indecente, u obsceno.

4. *El ojo* (Salmo 101:2-3; 119:37; Mateo 6:22-23). El ojo es el portón del alma y la fuente primaria de aducto para la mente. Los Cristianos no deben leer materiales sensuales o vulgares. No deben mirar a la televisión y las películas, porque la violencia, el sexo ilícito, la pecaminosidad, y la vanidad dominan esos medios.

5. *La apariencia* (adornos, vestido, y cabello) (Deuteronomio 22:5; I Corintios 11:1-16; I Timoteo 2:8-10; I Pedro 3:1-5). La apariencia refleja el ser interno, a Dios y también a otros. La apariencia impía promueve los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, amoldando así al que la demuestra y a la sociedad en maneras impías. Los principios bíblicos son aquí (a) modestia, (b) rechazo de la ornamentación, (c) moderación en cuanto a costo, (d) distinción entre el varón y la mujer, y (e) separación de connotaciones mundanas. Entonces los Cristianos deben abstenerse de usar ropa inmodesta, joyas ornamentales, cosméticos colorados y tintas para el cabello, vestidos muy costosos, extravagantes, o llamativos, vestidos en los varones, pantalones en las mujeres, cabello largo en los varones, cabello cortado en las mujeres, y estilos con asociaciones carnales.

6. *Administración del cuerpo* (I Corintios 3:16-17; 6:12, 19-20). El cuerpo es el templo del Espíritu, y entonces los Cristianos no deben usar cosas que dañan o profanan el cuerpo, causan embriaguez, o causan adicción. Las bebidas alcohólicas, el tabaco, y las drogas ilícitas violan este principio.

7. *La santidad del matrimonio* (I Corintios 6:9-10; Colosenses 3:5; Hebreos 13:4). La Biblia condena a todas las relaciones sexuales fuera del matrimonio por toda la vida de un hombre y una mujer. La Biblia se opone a los pensamientos y las acciones sensuales.

8. *La santidad de la vida humana* (Exodo 20:13; Mateo 5:39,44). Los Cristianos no deben participar en la violencia o en el tomar de la vida humana, incluyendo las guerras, el aborto, y el suicidio.

9. *La honradez* (Marcos 10:19). La Biblia rechaza toda deshonoradez, incluyendo la mentira, el robo, el engaño, el rehusarse a pagar las deudas, la extorsión, el soborno, y el fraude.

10. *La confraternidad* (Mateo 18:15-18; I Corintios 5:9-6:8; 15:33; II Corintios 6:14). Los Cristianos no deben ser identificados con actitudes o comportamiento pecaminosos. No deben tener comunión con supuestos creyentes que continuamente participan en actividades pecaminosas. No deben unirse en yugo desigual con los incrédulos, por ejemplo en el matrimonio. Deben resolver disputas internas según el procedimiento establecido por Cristo, no por pleitos en la corte civil.

11. *Actividades mundanas* (I Tesalonicenses 5:22; Tito 3:3; I Juan 2:15). Los Cristianos deben regular en una forma madura a las diversiones, la música, los deportes, y los juegos, evitando atmósferas y apariencias mundanas. Algunas diversiones son mundanas por naturaleza, como los juegos de azar, el baile, la música “rock”, y el ocultismo.

En resumen, la santidad significa imitar a Cristo, ser como Cristo. La persona santa no gratificará a los deseos de la naturaleza pecaminosa, sino que se vestirá de la personalidad y la mente de Cristo (Romanos 13:14; Gálatas 4:19). Juzgará a toda acción y decisión preguntándose, ¿Que haría Jesús?

La santidad es una parte íntegra de la salvación del hombre entero del poder y de los efectos del pecado. Es un privilegio gozoso; parte de la vida abundante; una bendición de la gracia de Dios; una gloriosa vida de libertad y poder. La vida de santidad cumple con la intención y el diseño original de Dios para la humanidad. Para el creyente lleno del Espíritu que realmente ama a Dios, la santidad es la forma normal—por cierto, la única manera—de vivir. La santidad es la esencia de la vida Cristiana.

La Iglesia

La iglesia de Jesucristo es el cuerpo de creyentes que han sido llamados a la separación, los que han sido introducidos en

Cristo por el bautismo de agua y del Espíritu. La Biblia describe a la iglesia como el cuerpo de Cristo, la esposa de Cristo, y un templo espiritual en el cual mora el Espíritu de Cristo. La iglesia es a la vez local y universal. Su misión en la tierra es la de (1) adorar y glorificar a Dios, (2) evangelizar al mundo, y (3) desarrollar a los creyentes hasta la madurez.

Cada creyente es su propio sacerdote a Dios (por medio de Jesús) y puede comunicarse directamente con Dios (Hebreos 4:14-16; Apocalipsis 1:6). Cada miembro de la iglesia tiene una posición de servicio, que incluye el sobrellevar las cargas los unos de los otros y orar los unos por los otros (Gálatas 6:1-2; Colosenses 4:3,12).

Dios ha dado a la iglesia ministros especiales para entrenar y equipar a los creyentes para la obra de la iglesia (Efesios 4:11-16). (1) *Apóstol*—uno que es enviado con una comisión. Aunque nadie puede tomar el lugar de los doce apóstoles del Cordero, quienes eran testigos oculares de Cristo, hay otros que ejercen un ministerio apostólico por servir como misioneros y líderes pioneros (Hechos 13:2-4; 14:14). (2) *Profeta*—uno que imparte mensajes o dirección especiales de parte de Dios (Hechos 11:27; 15:32; 21:10). (3) *Evangelista*—predicador a los inconversos (Hechos 21:8; II Timoteo 4:5). (4) *Pastor*—uno que dirige y cuida del pueblo de Dios, también llamado obispo (superintendente) y anciano (Hechos 14:23; 20:28; I Timoteo 3:1-7; Tito 1:5-9; I Pedro 5:1-4). (5) Maestro—uno que instruye en la Palabra de Dios (Hechos 13:1).

También existe el oficio de *diácono* (siervo). Los diáconos ayudan a los líderes espirituales en los asuntos y las actividades de la iglesia (Hechos 6:3; I Timoteo 3:8-13).

Dios ha ordenado el gobierno de la iglesia, y El da varios ministerios, papeles, tareas, o oficios a los que acabamos de mencionar (Romanos 12:4-8; I Corintios 12:28). Al mismo tiempo, los líderes deben ser siervos y ejemplos, y no dictadores (Mateo 20:25-28; I Pedro 5:3).

La iglesia también tiene dones del Espíritu que permanecerán hasta el regreso de Cristo (I Corintios 1:2,7; 12:8-10). Estos dones nunca deben ejercerse en una manera contraria a la Biblia o el liderato piadoso, sino siempre con amor, en orden, y para la edificación del cuerpo. Los dones espirituales son

milagrosos y sobrenaturales. Pueden clasificarse en la siguiente manera.

Dones de revelación. (1) *Palabra de sabiduría*—guianza, dirección, o entendimiento divino para una situación específica (Hechos 27:9-11). (2) *Palabra de ciencia*—revelación divina de un hecho que de otra manera sería desconocido al recipiente (Hechos 5:1-11). (3) *Discernimiento de espíritus*—el percibir si algo es motivado por Dios, un espíritu malo, o el espíritu humano (Hechos 16:16-18).

Dones de poder. (4) *Fe*—una encomendación especial de confianza en Dios para una crisis en particular o una situación aparentemente sin esperanza (Hechos 27:21-25). (5) *Dones de sanidad*—sanidades divinas, ya sean instantáneas o progresivas, para varios tipos de enfermedades físicas y mentales (Hechos 5:12-16). Cristo compró la sanidad para el cuerpo (Isaías 53:5; Mateo 8:16-17) y dió a los creyentes autoridad para imponer las manos sobre los enfermos para su sanidad (Marcos 16:17-18). Los ancianos deben ungir a los enfermos con aceite y orar por su sanidad en el nombre de Jesús (Santiago 5:13-16). (6) *El hacer milagros*—intervención directa de parte de Dios en una situación, trascendiendo a las leyes naturales (Hechos 20:7-12; 28:1-6).

Dones de expresión. (7) *Profecía*—un mensaje de Dios en el idioma conocido (I Corintios 14:3-4, 29-33). En un sentido mas general, cada testimonio, predicación, o alabanza ungida puede llamarse profecía (Apocalipsis 19:10). (8) *Géneros de lenguas*—un mensaje de Dios en un idioma desconocido a los oyentes, a ser interpretada para el beneficio de la iglesia (I Corintios 14:5, 27-28). Cada creyente puede también hablar en lenguas sin interpretación para devoción y beneficio personal (I Corintios 14:4, 14-15, 18, 28). (9) *Interpretación de lenguas*—el dar el significado de un mensaje público en lenguas (I Corintios 14:5, 27-28).

Jesucristo instituyó la Cena del Señor y el lavamiento de los pies en Su iglesia, y mandó la observación de los dos (Lucas 22:14-20; Juan 13:2-17; I Corintios 10:16-17; 11:23-34). La Cena del Señor consiste en comer pan sin levadura y tomar el fruto de la vid, que simbolizan el cuerpo partido y la sangre derramada de Cristo. La iglesia debe participar con reverencia, exami-

nación propia, y arrepentimiento, recordando solemnemente la muerte propiciatoria de Cristo y anticipando con gozo Su regreso. Los creyentes se gozan así de comunión con El y confraternidad los unos con los otros. El lavamiento de pies enseña humildad, servicio, y confraternidad.

La iglesia local debe reunirse regularmente y con frecuencia. No es obligada a observar las leyes sabáticas, pues la iglesia no es limitada por la ley ceremonial (Hechos 15:19-29; Romanos 14:5-6; Gálatas 4:9-11; Colosenses 2:16-17). Los Cristianos se gozan de santificación y descanso espiritual a diario en el Espíritu Santo. Sin embargo, la designación de un día semanal de descanso y el señalar tiempos para adoración en grupo todavía son principios válidos. La iglesia primitiva se congregaba el día domingo para conmemorar la resurrección del Señor (Hechos 20:7; I Corintios 16:2). Cada Cristiano debe ser fiel a las reuniones de su iglesia local (Hechos 2:42; Hebreos 10:25).

Las Ultimas Cosas

Cuando una persona muere su cuerpo va al sepulcro, en un estado que la Biblia compara al sueño, para esperar la resurrección, o la reunión de cuerpo y alma. El alma impío espera en un lugar de inquietud, mientras que el alma justo descansa (Lucas 16:22-28). La habitación temporal para las almas de los muertos es el Seol (hebreo) o el Hades (griego) (Salmo 16:10; Hechos 2:27). Cuando Cristo resucitó de los muertos, El venció al Hades y a la muerte, y como parte de Su victoria aparentemente El sacó fuera a las almas justas que estaban en el Hades (Efesios 4:8-10). Hoy, cuando un Cristiano muere, su alma descansa en la presencia de Dios (II Corintios 5:8; Filipenses 1:21-24).

El próximo evento de mayor importancia para la iglesia es el arrebatamiento de los creyentes y el regreso de Jesucristo (Tito 2:13). En el arrebatamiento (que también se llama el raptó) los muertos en Cristo serán resucitados y los creyentes que viven serán transformados, y ambos recibirán cuerpos glorificados inmortales (I Corintios 15:51-54; Filipenses 3:20-21; I Tesalonicenses 4:13-18). Ellos se encontrarán juntamente con el Señor en el aire para vivir con El por la eternidad.

Un tiempo incomparable de gran tribulación sobrevendrá al mundo (Mateo 24:21; Apocalipsis 6-19). Satanás buscará

dominar a la tierra por medio de un hombre y un sistema que se describen como “la bestia” (a veces llamado el Anticristo) (Apocalipsis 13). La bestia y su falso profeta establecerán un sistema religioso, político, y económico para controlar al mundo. Estas maniobras satánicas traerán guerras, hambres, y muerte. Eventualmente, la bestia pretenderá ser Dios y desecrará el templo judío reconstruido. Los que se oponen a este sistema impío serán perseguidos y martirizados; algunos tendrán protección divina.

En el medio de la tribulación, Dios derramará Su juicio sobre la humanidad impenitente y degenerada por varias grandes plagas (Apocalipsis 6-18). Muchos creen que la iglesia será arrebatada antes de la tribulación, mientras que algunos creen que la iglesia pasará por parte o toda de ella. De todos modos, la iglesia será protegida de la ira de Dios (Lucas 21:36).

Al fin de la tribulación los ejércitos satánicos se juntarán en el Valle de Armagedón para destrozarse a toda oposición. Siendo aparentemente victoriosos, emprenderán marcha hacia Jerusalén para reclamar su galardón. Entonces Jesucristo volverá físicamente a la tierra con Sus santos, descendiendo al Monte de los Olivos (Zacarías 12:14; Hechos 1:9-12; Apocalipsis 19). La nación judía le reconocerá como su Mesías, y El destruirá a la bestia y sus ejércitos.

Jesús establecerá Su reino en la tierra por 1,000 años (llamado a veces el Milenio), y los santos reinarán con El (Apocalipsis 20). Satanás será atado, pero al fin de la edad será soltado por un corto tiempo. El fomentará una rebelión final, la cual Dios destruirá con fuego del cielo.

Entonces vendrá el Juicio Final, el del Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-15). Todos los que no se hallan en el libro de la vida serán echados al lago de fuego (también llamado *Gehenna* en el griego), y allí serán separados eternamente de Dios. Dios destruirá el mundo presente y creará un cielo nuevo y una tierra nueva. Los santos vivirán para siempre con El en la Nueva Jerusalén (Apocalipsis 21-22).

La Biblia describe muchas señales que precederán la segunda venida de Cristo, y ellas se están cumpliendo hoy en día (Mateo 24:1-39; Lucas 21:7-31; II Tesalonicenses 2:1-8; II Timoteo 3:1-13). La presente edad pronto terminará. A pesar de difer-

entes ideas acerca de detalles proféticos, varias verdades claves son evidentes de cualquier interpretación literal de las Escrituras:

1. Jesucristo pronto volverá físicamente a la tierra.
2. Nadie sabe o puede determinar el tiempo de Su venida; la iglesia debe estar lista en todo momento (Mateo 24:42-44; Marcos 13:33-37; Romanos 13:11-14).
3. Cada persona se enfrentará con El en el juicio para recibir el galardón de la vida eterna o el castigo de la muerte eterna.

¿Cual es la respuesta apropiada a la luz de estas verdades maravillosas? “El Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente . . . El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:17, 20).